

“Tú, sígueme.” (Mateo 8,18-22)

Muchos eran los que movidos por la curiosidad o atraídos por la fuerza de sus palabras se acercaban a Jesús. En diversos pasajes los evangelios nos lo presentan rodeado por una multitud. Sin embargo no todas aquellas personas asumían un discipulado propiamente dicho. Los apóstoles eran doce y con ellos un reducido grupo de hombres y mujeres acompañaban al Maestro.

La Palabra que hoy reflexionamos nos presenta las condiciones de ese seguimiento más cercano: *“Se le acercó un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adonde vayas. Jesús le respondió: Las zorras tienen madriguera y los pájaros nidos, pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.”* Y a otro que para seguirle le ponía como condición ir a despedirse de su familia le responde: *“Tú, sígueme. Deja que los muertos entierren a sus muertos”.*

Estamos una vez más ante expresiones que señalan cierta radicalidad para el seguimiento pero que, en definitiva, deben cuestionar la vivencia de la identidad cristiana en cualquiera de sus formas, también en su “versión Hospitalaria laical”.

En esta ocasión Jesús señala como condición el desapego de los bienes temporales y el desapego de los afectos. Ambas realidades conforman el eje vital en el que giran la mayoría de nuestras vidas. Dejamos gran parte de nuestro tiempo en el trabajo para poder solventar nuestras necesidades materiales y nuestro equilibrio emocional se sostiene en los afectos de aquellos con los que vivimos. ¿Es que debemos renunciar a todo ello si queremos seguir a Jesús?

La pregunta no creo que tenga una respuesta unívoca y debe ser respondida desde la vivencia vocacional de cada persona. Lo “cómodo” suele ser el derivar estas exigencias para la vida consagrada, para curas y monjas... y todos tan tranquilos... Nos guste o no, el Evangelio está ahí para todos, no sólo para clérigos y consagrados/as.

Se trata de poner en su justo lugar tanto los bienes materiales como los afectos. Ni unos ni otros deberían distorsionar nuestra capacidad de fidelidad al proyecto de vida que nos ofrece Jesús de Nazaret. Sin duda es un tema que exige un constante discernimiento y “puesta a punto”, cualquiera sea nuestra opción vocacional.

La vida consagrada canaliza su respuesta a través de los votos de pobreza, castidad y obediencia, pero estas formas pueden convertirse en un refugio sin contenido si no son internalizadas. Los seglares estamos más “a la intemperie” y debemos hacer de estas exigencias del seguimiento un objeto de serena y comprometida reflexión.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

